

El talento subyuga con más fuerza todavía al talento que a la ignorancia, y Galiano arrastró a Saavedra en el torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de alto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguían, sería un digno representante de aquella provincia. D. Angel Saavedra fué elegido diputado á Córtes, y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente esta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolución que ya entonces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debía esperarse de las circunstancias de su elección. Unido estrechamente con Galiano y con don Javier Isturiz, á quien había tratado de jóven en Cádiz, se colocó como ellos en lo más extremo de la oposición al ministerio que presidía Martínez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanto mayor animadversión de la corte, cuanto que su educación, sus conexiones de familia y sus maneras aristocráticas, le hacían extraño por demás á las exageraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política ni estímulos de su ardor tribunicio, los bastardos intereses que principalmente en estos últimos tiempos se ocultaron bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entonces era sin duda más sincero y más desinteresado. Jamás don Angel Saavedra llevó, en su virulenta oposición, miras personales, deseos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados: jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna. Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía; aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que había admirado entonces; y el odio de una corte que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevía á contrarrestar frente á frente, no podía en verdad hacer en él la misma impresión que en otra época más próxima el amor ó la gratitud de la reina que había abierto las puertas de su patria á los que lejos de ella gemían desterrados. Las teorías políticas no estaban entonces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nación ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas ilusiones que el trascurso de veinte años ha desvanecido. Don Angel las abrigaba. ¿A qué de nosotros no le ha sucedido otro tanto? Don Angel creyó que eran verdaderas popularidades los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Parecíale sin duda que eran tan interesados y tan sinceros como los que pudiera arrancar una buena tragedia ó la vista de un buen cuadro; y cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leía bellos versos. Don Angel no podía entonces profundizar las cuestiones políticas que ni aún otros hombres más exclusivamente consagrados á su estudio habían examinado sino muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolución nada más; y todos los hombres políticos de entonces, con más ó menos instintos, eran, sin embargo, revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si preferamos ahora principios capaces de organizar un gobierno que pueda durar una generación?...

Don Angel fué secretario en las Cortes del 22, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedición. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Después del 7 de julio, en el cual se halló con otros diputados en el parque de artillería, y reunidas las Cortes extraordinarias, apoyó al ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso, y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso de dimensiones más extensas que los que hasta entonces había pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesión de... marzo de 1823, en que se aprobó la conducta del gobierno por la contestación dada á las amenazadoras notas de los gobiernos de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad difícilmente podrá formarse idea del vértigo que desvanecía las cabezas de los que osaron en aquellas circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la nación y estaban solos. La cuestión no era de independencia como en 1808; era de libertad política, y el pueblo, ó deseñaba ó no comprendía este principio abstracto. Ardía embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan ignales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisiblemente la victoria. Sin embargo, el gobierno del señor San Miguel arrojó la cólera de todas las potencias, y los diputados que debían pe-

dirle cuenta de su conducta, que podían acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público parlamento la apoteosis del insigne desacuerdo que había sido ya sancionado con la aprobación y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entonces. Tocóle en aquella discusión hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima que acaso dió temple y tono al debate de aquella día, fué el intérprete fiel de las opiniones que embriagaban, por decirlo así, el delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas frases rayaron en los últimos límites de la demencia. El salón y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano, y de los demás oradores que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió y circuló profusamente dentro y fuera de España como un monumento notable, en el juicio de unos de temeraria arrogancia, en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad. Consecuente á sus principios y opinion, influyó el diputado por Córdoba en la traslación de la corte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesión del 11 de julio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspensión del rey, propuesta por Galiano, y su traslación á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de diputado. Al amanecer del día 1.º de octubre, en que el rey Fernando VII recobraba la plenitud de su poder, emprendió don Angel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinación de proscribo y su carrera de emigrado.

Condujole en compañía de su amigo Galiano una barca catalana, y entró en aquella plaza los amarillos refugios españoles. El mal que en mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegación á Inglaterra, centro entonces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos Isturiz y Galiano, y al respetable don Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corría entonces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le había apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el intervalo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué don Angel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, había compuesto en pocos días la tragedia titulada *Lanusa*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecía, en medio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas: era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificación, y sus diálogos más que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid en el teatro del Príncipe, y por efecto de las circunstancias se repitió por espacio de muchos días con un éxito prodigioso. Reprodújola todos los teatros de provincia, y llegó á ser la función obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entonces. Pero la emigración le llamaba de nuevo con más tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra había escrito *La despedida*, composición lírica de alguna extensión, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, y se separaba de la imitación servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo, para un proscribo, el poder reproducir á lo ménos con el pincel la imagen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja. Hizo entonces don Angel varios retratos, escribió una sátira en prosa titulada *El peso duro*, llena de cuadros de costumbres, de no escaso mérito, y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas titulado *Florinda*, y la composición titulada *El sueño del proscribo*, y otras de ménos fama.

Entre tanto la audiencia de Sevilla había fulminado contra don Angel, por la votación del 11 de junio, la sentencia de muerte y la confiscación de todos sus bienes. Su hermano el Duque por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba sufría una dura persecución: el rey le había quitado la llave de gentil-hombre, y tenía en secuestro sus estados. Don Angel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada madre, que aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscribo todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazón maternal. El clima de Inglaterra no era favorable á su salud, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso, que podía servirle algún día para hacer frente á su situación, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados

españoles. La Duquesa madre imploró del nuncio de S. S. en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud, le fué respondido que como don Angel se comprometiera á no hablar ni escribir de política ni á frecuentar la sociedad inglesa, se le libraria el pasaporte, seguro de que allí encontraría hospitalidad y amparo. Dió don Angel por medio de su madre las seguridades que le exigían, y provisto del resguardo del nuncio, en que éste había escrito de su propio puño: *Dado por orden expresa de S. S.*, dejó el proscribo á Londres, á fines de diciembre de 1824, y con dura navegación llegó á Gibraltar. Permaneció allí hasta junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano concertado, marchó con su jóven esposa á Italia, arribó á Liorna después de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte no podía visarle sin remitirle á Roma. Hizolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibición absoluta de que el portador pusiera los pies en los Estados romanos. A esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una orden del gobierno toscano para que don Angel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres días. En vano escribió don Angel al gobierno pontificio; en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna; en vano le protegió eficazmente el conde de Bruneti, que residía accidentalmente en Massa-Carrara: la inexorable policía dispuso arrojarnos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto don Angel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte que llevaba también nuestro viajero, dado por lord Chatan en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantín maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellón de Inglaterra. El mal tiempo dilató algunos días el viaje, y don Angel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distinción que había en Liorna, y por lo más florido de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecución, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscribos las más lisonjeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse por fin á la vela y navegaron prósperamente cuatro días. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Maretime*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al sudoeste y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulación compuesta de seis viejos malteses, desconocía la autoridad del capitán, hasta el punto de no obedecerle, cuando mandó varias veces tomar rizados. La luz de un relámpago, descubrió muy cerca por la proa el *Maretime*, y al orzar por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con grande estruendo el trinquete, que quedando trabado de la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los galineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la *Salve* pidiendo á Dios misericordia en el último trance. Don Angel, con el desesperado aliento que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí; reanimó la tripulación con amenazas y golpes, y ayudando al capitán á sujetar la caña del timón, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigían las circunstancias: hecho lo cual, bajó á la cámara todo empapado en el agua del mar y en la del cielo, y cayó y estuvo por largo tiempo desmayado de la gran fatiga y del extraordinario esfuerzo. Al amanecer se hallaron en la costa de Sicilia, y deteniéndose en Girguenti lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque siempre con el mar embravecido, hasta que después de otros dos días de navegación, como dijo nuestro viajero en su preciosa composición al faro de Malta...

Los marineros
Olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta, Malta gritaron.

No pensaba don Angel detenerse más tiempo en aquella isla, que el necesario para encontrar proporción de regresar á Londres. Pero agravióle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le había llevado la casualidad y el infortunio. El ser caballero de la Orden de San Juan, fué una recomendación muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna y otras que llegaron de

Londres, le procuraron la protección decidida del respetable marqués de Hastings, gobernador de la isla y de su segundo el general Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecución que había experimentado en Italia, los peligros de su viaje, su trato ameno, su imaginación rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñón del Mediterráneo. Cinco años pasó don Angel en tan agradable residencia, frecuentada entonces de extranjeros con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto que aquellos años no fueron acaso los ménos venturosos de su vida, ni los ménos útiles para la literatura de su patria; pero entonces ya el campo de las bellas letras se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. Don Angel no conocía ántes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputación á quienes había podido consultar, no le presentaban otros modelos ni otros principios, extraños como eran absolutamente, al movimiento que fermentaba entonces en toda Europa, sordo y latente, pero emanciparse de las antiguas trabas y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginación y de la inventiva. En aquella época emperó tomó don Angel conocimiento de las nuevas tendencias y ví autorizadas por hombres de gran saber y de inmensa reputación lo que seguía la austeridad de sus antiguos principios, le hubieran parecido extravíos. Vivía en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa, la condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Price, que habiendo sido Embajador de Inglaterra en España en tiempo de la Junta Central, tenía en gran aprecio y estima el noble carácter de los españoles, y muchísima afición á las cosas de España, poseyendo con perfección nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y remiendi en su biblioteca muchos, muy escogidos, y muy raros libros españoles. Honró desde luego este sabio y respetable inglés á Saavedra con el más tierno y paternal cariño: le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron, y á Walter Scott: le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII: le regaló la antigua edición completa de Lope de Vega y una colección de nuestras crónicas; y le exhortó á escribir con brio y originalidad, sus propios afectos y sus propias sensaciones. Ardiente desde luego estos combustibles en la ardiente imaginación de don Angel. Hubo de pasarse al ver tantas bellezas y primores en lo que hasta entonces había mirado con desdénoso menosprecio: hubo de presentársela la historia nacional como un tesoro soterrado, que una mina no beneficiada todavía, y en que había oro y pedrería á montones, y púsose con ahínco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria, y rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe á cómo también el estar ausente de su querida patria, contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entonces habían tenido. Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre, que la inmediatez á la posesión de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginación. La antigüedad, sólo por serlo, es poética como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remotos. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho, es donde se puede describir con ricos colores la libertad, y en un abrasado desierto, las orillas encantadas de un río. ¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin él mismo percibirlo, aconteció á nuestro poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo *de tarde en tarde le llegaban de su patria nuevas amargas, y renglones con lágrimas escritas*, y que interesantes y que llenos de poesía no debían presentarse á su imaginación todos los lugares de su país, las más leves circunstancias de localidad! ¿Cuánto no debían halagarle y parecerle bellos y dignos de contarse, los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le aparecía la imagen de los héroes castellanos! Entonces ciertamente debieron presentársela no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y demandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y torneos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entonces debían ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripción, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras majestuosas, el mar bravo, y las ruinas y los templos, y los cantares del pueblo y sus festejos y procesiones, y su

culto, y sus lugares y sus ciudades morunas ó góticas, y hasta el *arcángel dorado que corona de Córdoba la torre*, y que se le presenta como un faro resplandeciente mirado desde la tormenta del destierro...

No entró, sin embargo, en esta nueva senda, rompiendo de una vez todos sus hábitos. Desde luego comprendió como debía lo que despues se llamó escuela romántica, y tenía ya demasiado ilustrada su razón, demasiado perfeccionado el gusto para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones y los fines, y el plan y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, corrección y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creía que se había emancipado ya de las antiguas trabas cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así despues de concluir la *Florinda* compuso el *Arias Gonzalo*, tragedia clásica en la forma, de verificación por lo general robusta y fácil, aunque desigual como suya; y la comedia: *Tanto vales cuanto tienes*, clásica también, aunque escrita en variedad de metros, y que despues hemos visto representada en los teatros de la capital. Su primera composición, en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado al faro de Malta, y que copiaríamos íntegra si la extensión de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya, notable ciertamente, no ménos que por su mérito artístico, que por ser la nueva serie de producciones que emprendió el autor. Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debía tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito ó Córdoba y Vargas en el siglo X* (1), que despues se publicó en París con un brillante prólogo. No haremos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuencia pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda filosofía, y con elevación y miras hasta entonces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidían á la reforma que entonces para nosotros empezaba: en él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura; y en él se marca la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración á que con esta obra se abría la puerta. Es el asunto de este poema, la historia lastimosa, la popular tradición de los siete infantes de Lara: obra de esta clase no tenía modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romances, en que desosididamente y á la ventura aparece tejida en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. *El Moro expósito* tiene su plan. *El Moro expósito* es verdaderamente un romance de alguna extensión. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de *Walter Scott*. No es nuestra intención hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Sería preciso dar una extensión inmensa á nuestra biografía, y copiar trozos enteros de una producción que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embargo, el poema del Sr. Saavedra no es perfecto en su conjunto: la crítica severa puede tcharle de lánguido y lento en la acción, de tímido en el plan, de embarazoso y monótono en la narración, y su desenlace no aparece demasiado preparado ni bien traído. Las trabas mismas de que su autor pensaba sacudir el yugo, le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo en el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor le despliega sin reparo, entonces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe. Hay bellezas de detalle incomparables; hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas, hay pinturas de relieve que se mueven y que se palpan; hay ternura, hay sentimiento y hay gala oriental, y lozania andaluz y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caracteres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza. Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la advocación ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripción de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algaraza que se

mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada más sombrío y altamente poético que el incendio de Bobardillo, á que el salón lúgubre de Rui-Velazquez. Nada más magnífico que la descripción de Zahara. Para hacer sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester un libro tan extenso, y bien pueden compensar sus defectos, sin embargo de que á veces las mismas bellezas que el autor sabe producir no bagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran con frecuencia trozos lánguidos ó prosáicos, expresiones triviales que descienden bastante del tono general del diálogo ó de la narración, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono con el martilleo de la octava que el autor creyó evitar. De todos modos esta obra, que no tenía modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello florón de la corona poética de D. Angel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía; la pintura fué también objeto de sus tareas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos bajo la dirección del profesor Hyler, llegado á Malta desde Roma, pocos meses ántes que nuestro proscribo.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luego que el ministerio francés, presidido por Martignac, alojó algún tanto el odio á los emigrados españoles, quiso D. Angel acercarse á su patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á París con su mujer é hijos. El general Ponsomby, gobernador entonces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para trasportarle á Marsella. Pero á su llegada, Martignac había caído, y su sucesor volvía á la misma política intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debía fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condición, y allí, aruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierra madre de continuo le enviaba, estableció una escuela de pintura á que no faltaron discípulos, pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el museo de Orleans, donde existe, un cuadro de *natura muerta* que estudió con acierto del natural.

Acacéó á los cuatro meses de su residencia en aquel punto la revolución de julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á París con su familia. Encontró allí á sus amigos Isturiz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas ideas de estos tres amigos, se habían templado mucho con la observación inmediata de países tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia había desvanecido en D. Angel muchos errores, y no creía ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina con que, aún en la desgracia, los dividían encarnizados odios. Sus estudios y su pintura eran sus planes, y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la exposición del Louvre de 1831, y el nombre de D. Angel Saavedra se halla en el anuario de artistas establecidos en París en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano al *Moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Abauro*, que Galiano tradujo al francés con ánimo de que se representara en algún teatro de París.

La primera amnistía del rey Fernando VII en 1833, no comprendía á D. Angel, como ni á los demás diputados que votaron en Sevilla la deposición momentánea del rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su familia, regresando él solo á la capital de la Francia. Entonces fué cuando D. Vicente Salvá publicó *El Moro expósito* con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas, algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta había empezado á cultivar un género en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debía sobresalir despues. Pero la inmortal reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía hasta un punto donde habían impedido que llegara, durante la vida del rey, graves consideraciones de política. Abrióronse al fin para D. Angel, como para todos los españoles, las puertas de la patria, y el día 1.º de enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas, vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la patria deseada arranca, entrando en España por Perpignan y la Junquera. Apresuróse á jurar á la reina en manos del gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid á los brazos de su familia, y de la tierra madre á quien tantos suspiros y llantos había costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada Presidente del Consejo de ministros D. Francisco Martínez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposición que le había hecho el año 22, había contraído cordial y estrechísima

(1) En un periódico literario que no há mucho salía á luz en esta corte con el título de *Pensamiento*, publicó el jóven poeta D. Enrique Gil un excelente y vigoroso artículo de análisis y crítica de las poesías de D. Angel Saavedra, especialmente del *Moro expósito* y de los romances históricos. Nosotros, conviniendo casi enteramente en los juicios y opiniones del Sr. Gil, de tal manera hemos seguido al hablar de estas dos obras su opinion, que hemos copiado á veces hasta sus mismas frases.